

SUPLEMENTO Los libros

Revista mensual del Semanario Universidad

De mutilaciones y otros cortes

*A propósito
de La identidad mutilada,
de Manuel Solís
y Alfonso González*

EL LIBRO de Manuel Solís y de Alfonso González, *La identidad mutilada*, es un intento por reinterpretar la figura de García Monge y el Repertorio Americano desde una perspectiva más psicológica que sociológica. La obra está organizada en cuatro capítulos: los dos primeros se concentran en explicar el encuentro de los autores con el editor del Repertorio y con el Repertorio mismo, y los dos últimos se concentran en el análisis de dos de los ejes temáticos del Repertorio, el hispanoamericanismo y el imperialismo.

Lejos de la apología de García Monge y del Repertorio que ha caracterizado a otros estudios, el libro de Solís y González brinda más bien una imagen tenebrosa del editor y de su revista. Al final de la obra, García Monge y el Repertorio aparecen como difusores del racismo, del fascismo y el autoritarismo, como cómplices de la dictadura tinoquista, como amigos de John Minor Keith, como proscritores de la polémica y el diálogo y alentadores de una cultura política infantilizada y oportunista, y como cómplices tácitos, incluso, del suicidio de Alfonsina Stormi y del asesinato de Edwin Elmore. De aquí a definir al editor y a la revista como psicológicamente enfermos hay solo un paso, y los autores no vacilan en darlo. De esta manera, la presencia del editor es "ausente y automutilante", en tanto

que el Repertorio se constituye sobre un "suelo movedizo y fangoso". Al final del libro, incluso se señala:

"de lo que hablamos es de una individualidad afectivamente mutilada e infantilizada, descentrada de sí misma y, por lo tanto, bloqueada para participar de un encuentro interpersonal que sea un encuentro de descubrimiento, de sí mismo y de quién está al frente, de lo que une y de lo que distingue. Pensemos, por ejemplo, en la forma disciplinada en que García Monge evita descubrir a sus colaboradores ex tinoquistas -Brenes Mesén, Fernández Guardia, Quirós Alvarado-, a los simpatizantes profascistas o a su amigo John M. Keith. La contraparte es, como hemos visto, su propio encubrimiento en el silencio... En consonancia, el modelo de subjetividad que articula el Repertorio recuerda el perfil rígido de la neurosis obsesiva, con su coqueteo con la muerte identificada con lo estable y lo tranquilo".

A la luz de lo anterior, resulta evidente que Solís y González, en su intento por psicoanalizar a García Monge y a su Repertorio, traspasaron los linderos de la crítica social para adentrarse en los terrenos de los juicios morales. Esto último es particularmente claro, por ejemplo, en las diversas ocasiones en que los autores le cobran a García Monge su fidelidad con sus amigos tinoquistas o su amistad con Keith, o cuando se le presenta como un oportunista que, un momento es difusor de las ideas fascistas, y al siguiente se presenta como víctima de esas ideas, sin responsabilizarse por haberlas difundido anteriormente.

Una de las consecuencias del enfoque precedente, es un obvio anacronismo en el análisis, muy visible, por ejemplo, cuando los autores, con los criterios de los lectores de fines del siglo XX, definen el Repertorio como una revista pesada y molesta, dado que la cantidad de contenidos "...inundan el texto y le restan espacio a la reflexión problematizadora, a la vez que colocan al lector frente a una avalancha de palabras que tampoco le permiten reaccionar adecuadamente, en tanto que cansan y aturden. En este tanto, también aíslan". ¿Reaccionarían de la misma manera los lectores del Repertorio de las décadas de 1920 o 1930? Los autores creen que sí, y para demostrarlo citan al poeta Cardona Peña quien, cuando era niño, pensaba que el Repertorio era muy aburrido. ¡El único problema con esta evidencia es que el Repertorio no era una publicación para niños!

Las apreciaciones anteriores, de carácter más general, deben ser complementadas necesariamente con otras observaciones, referidas a problemas más concretos del libro de Solís y González. El primero se refiere al proceso de mistificación de García Monge y del Repertorio. De la lectura del capítulo 1, pareciera que este proceso fue exclusivo para dicho personaje y su revista. Sin embargo, esto no fue así. La mistificación de García Monge fue parte de un proceso más amplio de mistificación de los jóvenes intelectuales radicales de principios del siglo XX, el cual abarcó a figuras como Omar Dengo, Brenes Mesén, José María Zeledón y Carmen Lyra, entre otros.

Si bien este proceso de mistificación no ha sido hasta ahora adecuadamente estudiado, parece claro el mismo fue obra, en particular, de los estudiosos de la literatura y de literatos identificados con esos jóvenes radicales. Dos de las figuras que más han contribuido a ese proceso de mistificación han sido, precisamente, Luis Ferrero y Alfonso Chase, aunque se pueden encontrar ejemplos más recientes, como el libro de Gerardo Morales, Solís y González, en vez de tratar de contextualizar a García Monge dentro de ese grupo, y de analizar las relaciones que tenía con esos otros intelectuales, lo aíslan y lo singularizan. La consecuencia de esto es patente en todo el libro, ya que nunca son claras las relaciones que García



Monge tenía con la comunidad de intelectuales nacionales.

Uno de los efectos de este aislamiento sobre el análisis posterior se evidencia en el caso de Brenes Mesén. En distintos momentos, Solís y González resaltan que García Monge fue condescendiente con el tinoquista Roberto Brenes Mesén. ¿A qué obedeció esto? Según los autores, a que García Monge, afectivamente mutilado e infantilizado, no se atrevía a agravar a los que escribían en el Repertorio. Sin embargo, una revisión elemental de la historia intelectual de principios del siglo XX hubiera revelado con mayor precisión las relaciones entre García Monge y Brenes Mesén. Este último tuteló ampliamente la carrera pública de García Monge. Por ejemplo, fue Brenes Mesén quien lo llevó a trabajar en los Programas de Instrucción Primaria en 1908, y el que lo nombró Director de la Escuela Normal en 1917.

Esta falta de contextualización básica, que se repite a lo largo del libro, no deja de ser irónica. Una de las críticas principales que Solís y González le hacen a García Monge, es que buena parte del contenido del Repertorio estaba compuesto de artículos tomados de otras revistas y periódicos, los cuales expresaban puntos de vista diversos y a menudo antagónicos, y que, a pesar de esto, eran agrupados sin un criterio orientador o explicativo de parte de García Monge, un vacío agravado por la falta de una página editorial. "Lo que así se consigue puede designarse como una falsa comunidad dialógica", afirman Solís y González.

Ahora bien, si en el Repertorio hay una falsa comunidad dialógica, en La identidad mutilada dicha comunidad prácticamente no existe. En efecto, Solís y González no invitan a participar en su análisis a otros autores, ni siquiera en las notas de pie de página. En el capítulo 1, las tres únicas obras de historia intelectual de Costa Rica que se citan son los libros de Cecilia Barrantes de Bermejo, de Gerardo Morales y de Arnoldo Mora. Pero no existe ningún diálogo con otros investigadores que han profundizado en el análisis de los intelectuales y de la vida intelectual costarricense durante las primeras décadas del siglo XX, como Flora Ovaros o Alvaro Quesada. En el resto del texto solo se entabla un breve diálogo con María Salvadora Ortiz, en una nota de pie de página que remite a una ponencia de esta autora de 1990, y no a su libro de 1995 sobre el mismo tema. (p. 187).

Esta ausencia de diálogo con otros investigadores es mucho mayor cuando consideramos las obras de los historiadores. Así, por ejemplo, pese a que el libro gira en torno al problema de la "identidad", los trabajos históricos sobre las identidades sociales en la Costa Rica de la década de 1920 están completamente ausentes. En particular, contribuciones como las de Steven Palmer o Víctor Hugo Acuña, que profundizan en diversos aspectos analizados por Solís y González (la identidad nacional liberal o el racismo en las identidades nacionales de los artesanos y obreros), habrían permitido a los autores ubicar su análisis en un marco a la vez más interesante y más problematizador.

En esta misma línea, resulta completamente injustificable que Solís y González, pese a que en distintas secciones de su obra se refieren a lo femenino y a la forma cómo se representa la mujer-madre, hayan ignorado el trabajo pionero sobre esta cuestión de Ruth Cubillo. Sin embargo, más injustificable es aun la falta de toda referencia al trabajo renovador de Jussi Pakkasvirta. Si bien en el capítulo 1 de La identidad mutilada Solís y González describen las angustias existenciales y el enorme esfuerzo intelectual y emocional que les supuso el proceso de desmitificar a García Monge y al Repertorio, olvidan mencionar que desde 1993 un proceso de este tipo fue iniciado de manera sistemática por Pakkasvirta (logro que le valió fuertes reprimendas de parte del historiador Rodrigo Quesada).

El hecho de que varios de los temas centrales del artículo de Pakkasvirta reaparezcan en La identidad mutilada (en particular la construcción de una imagen favorable de Costa Rica para ser difundida internacionalmente en el Repertorio y el problema del racismo) obliga a considerar dos hipótesis: o Solís y González recuperaron los aportes de Pakkasvirta y se olvidaron de citarlo, lo cual es grave, o Solís y González, sin conocer el artículo de Pakkasvirta, llegaron a conclusiones similares, lo cual también es grave. En efecto, una de las reglas básicas de la investigación científica, como lo señaló en otro contexto similar Steven Palmer, es "la presentación y la representación exacta de toda la evidencia disponible, y una evaluación sistemática de ella".

Es obvio, que el libro de Solís y González, al quedar muy por debajo del parámetro anterior, no logró construir una verdadera comunidad dialógica. Con base en su propio punto de vista, se puede afirmar que ambos autores incurrieron en las mismas faltas que le achacan a García Monge: fueron selectivos en su uso de la evidencia, no dialogaron con otros investigadores (¿para no entrar en conflicto con ellos?) y más bien construyeron su interpretación de García Monge y del Repertorio de espaldas a lo producido por la más reciente investigación social y literaria. La pregunta aquí es inevitable: ¿estará La identidad mutilada tan mutilada como según Solís y González lo están García Monge y su Repertorio?

A los vacíos anteriores, se unen una serie de problemas metodológicos, de los cuales vale la pena destacar dos. Si bien Solís y González

destacan que una gran parte del contenido del Repertorio procedía de escritos tomados de otras revistas y periódicos, no hicieron ningún esfuerzo por tratar de cuantificar cuánto era reproducción y cuánto era publicación de originales, y cómo esa relación varió a través del tiempo. Tampoco hay un análisis de cuáles fueron los autores extranjeros y nacionales más publicados, y cómo esas proporciones y nombres variaron a lo largo del período bajo estudio. Finalmente, no existe ni siquiera un breve intento por explicar las condiciones específicas de producción del Repertorio: ¿realmente García Monge lo hacía absolutamente todo, sin que nadie le ayudara en lo más mínimo?

El otro problema metodológico se deriva de la influencia de García Monge y del Repertorio en la cultura costarricense, y en particular en la cultura política. Según Solís y González, "los costos políticos y emocionales de la propuesta que está implícita en el Repertorio son altos y han sido poco atendidos", y uno de esos costos fue contribuir a forjar una "ciudadanía infantilizada", para la cual no es posible asumir el conflicto ni el desgarre, ni el debate franco. Sin embargo, ¿qué impacto pudo haber tenido en la cultura costarricense una revista que, como el Repertorio, se producía básicamente para la exportación? En efecto, de los 1.000 ejemplares impresos, solo unos 120 se quedaban en Costa Rica. A esta cuestión se agrega el hecho de que La identidad mutilada carece del mínimo análisis sobre cuántos y quiénes eran los suscriptores del Repertorio, y cómo su número y composición pudo variar en la década de 1920.

En un balance de conjunto, el mayor aporte de La identidad mutilada es la evaluación que, como fuente para la historia intelectual, hacen Solís y González del Repertorio. Más allá de esto, la originalidad de otros aportes, incluida la desmitificación de García Monge y del Repertorio, es limitada por la falta de diálogo con otros investigadores sociales, en particular con los trabajos ya citados de Cubillo y Pakkasvirta. Por otro lado, es obvio que desde una perspectiva de la historia social de la cultura impresa, se podría reinterpretar la orientación que García Monge le dio a su Repertorio como expresión de una específica estrategia editorial, en su sentido comercial.

En efecto, el hecho de que García Monge publicara artículos muy diversos e incluso ideológicamente antagónicos, podría explicarse por su interés en penetrar exitosamente en audiencias de lectores diferenciadas. En este mismo sentido, el cuidado que tuvo García Monge en evitar que su revista fuera polarizada por polémicas intelectuales o ideológicas, y en mantener un extremadamente bajo perfil como editor, pudo haber obedecido a una motivación puramente empresarial. Desde esta perspectiva, el Repertorio no se nos presenta como el producto morboso de una personalidad autotumultuada, sino como lo que fue: una revista cultural (en el más amplio sentido de este término) comercialmente exitosa, elaborada bajo los más estrictos criterios de mercado. Aquí parece estar la clave del Repertorio: una revista elaborada en función no de los que escribían en ella, o de las preferencias estéticas o ideológicas de su editor, sino de las diversas y contrastantes preferencias de sus lectores.

La conclusión final que queda después de leer La identidad mutilada es que se trata de un trabajo tan novedoso como limitado. Novedoso porque es la primera vez que en la investigación social costarricense, se trata de psicoanalizar sistemáticamente la figura de García Monge y el papel jugado por el Repertorio Americano. Y limitado porque el análisis resultante no solo es poco convincente en muchas de sus secciones (un problema común en los llamados trabajos psichistóricos), sino porque, como se señaló anteriormente, fue escrito de espaldas a una de las reglas básicas de la investigación social.